

LIBROS Y REVISTAS

Aramoni, Aniceto, Víctor Saavedra, Jorge Derbez, Fernando Narváez, Jorge Silva, Carlos García y Eduardo Zajur, *La guerra de los sexos*. Instituto Mexicano de Psicoanálisis, A. C., México, 1969. Primera Edición.

En la obra, la guerra entre los sexos está ampliamente documentada en la tragedia antigua y moderna, en la historia, la antropología, la mitología, la sociología, e ilustrada con interesantes ejemplos. Pero el material de base lo constituyen las reflexiones que los psicoanalistas recolectan de su propia labor, con lo que representan nuevas demostraciones de lo que ocurre —profundamente— en la vida matrimonial de ciertos sectores de la clase media y de la burguesía, y del medio bajo y rural en el caso del machismo. El libro reúne nueve trabajos dedicados al vínculo más frecuente entre los seres humanos después de la indiferencia y del miedo: el odio. Se subraya aquel que surge entre los seres, y el que se desencadena y manifiesta por la existencia misma de la polaridad masculino-femenina cuando ésta no se ha diferenciado, individualizado y humanizado.

Esta guerra antigua, inextinguible, franca o disfrazada es equiparada, y en cierto modo relacionada, con la destructividad humana en general.

Desde la introducción, Aniceto Aramoni pone en evidencia esta verdadera guerra de guerrillas que puede compararse con las luchas guerrilleras

más enconadas. El privilegio de la creatividad biológica sería una de las fuerzas que apuntalan el poder, no siempre evidente, de las mujeres que, en desventaja física, son temibles por su liga orgánica con la naturaleza y porque llegan a encarnar las representaciones de los terrores.

Mientras el hombre es temido por sus armas, la mujer es reverenciada, temida y atacada, porque su existencia llega a tocar hondamente las raíces más irracionales. Pero la maternidad troquelante y formadora trasciende la biología y ejerce su influencia en aquellos años en que el niño depende de la madre. “Son paridos y luego son recibidos cuando están formados por un material dúctil, maleable, donde troquelan las madres, sus principios y su huella. Luego aquello se petrifica y se vuelve permanente, la impregnación y el influjo, de modo que lo esculpido se convierte en bajo-relieve casi inmutable.”

La influencia de la gran madre universal, a través de los tiempos, se vuelve eterna. En la obra se establecen los nexos entre la dinámica de las guerras de los sexos, desde las más antiguas hasta las más recientes. Los contendientes, en apariencia diferentes por la máscara que llevan de su sexo, proceden, en el fondo, del mismo origen temible, irracional y perverso, de una madre que por haber vivido el conflicto deshumanizante entre sus propios padres, no puede encaminar a sus hijos sino por el vivir de la culpa, del pecado, del resentimiento. La madre, entonces, es

el puente entre las generaciones, y la clave generadora del conflicto en cada generación.

“El fin de toda esta conducta (escribe Aramoni al referirse a las vicisitudes del machista en el capítulo del machismo) sería mostrar a la madre— ante quien no se siente sino un niño impotente—, que es un hombre, que puede acostarse con muchas mujeres; esto es, le trae a su madre la información y la lista de todas ellas, convirtiéndose en notorio burlador de hembras a quienes conquista y abandona. Desea que la autora de sus días acepte el hecho y le dé el espaldarazo de la hombría; y con actitud primitiva y arcaica lo relaciona con el dominio de la mujer, con la hipersexualidad, la enormidad de genitales y la derrota de otro hombre igual o similar a él; tal como lo harían dos mamíferos cuadrúpedos, de enormes astas, durante la época del celo.” “. . . El hijo, en los casos descritos, pertenecería, pues, al bando de la madre y de la mujer, al mundo femenino; traicionaría al padre, al bando masculino y por descontado a él mismo como persona.” “No puede convertirse en hombre el niño de su padre, porque se equipararía a su padre, el que la hace sufrir y a quien ella desprecia inconsciente y hasta conscientemente. Eso significaría que traiciona a quien lo quiere tanto; a la madre que sufre por él, que aguanta al padre por su hijo, y nada más vive para cuidarlo y para protegerlo.”

A lo largo del libro la atención de los autores se centra en el estudio de la trama psicodinámica que entrafía la disputa; más que en presunciones causales de orden anatómico o fisiológico. Saavedra a partir de un

conciencioso análisis sobre la etología comparada, demuestra que la herencia animal no determina esta lucha específica entre los seres.

Derbez cita un pasaje de Simone de Beauvoir en donde niega la influencia de las diferentes estructuras anatómicas y biológicas de esta guerra que, según dice: “En verdad, cuando se la evoca, se acepta como cosa fallida que en el ciclo intemporal de las ideas se desarrolla una batalla entre esas dos vagas herencias: el Eterno Femenino y el Eterno Masculino. Y no se advierte que ese titánico combate asume sobre la tierra formas totalmente distintas, que corresponden a distintos momentos históricos.” “La mujer —afirma Simone de Beauvoir— persigue un sueño de renunciamento (de renunciamento a su ser, a su responsabilidad y a su angustia) y el hombre persigue un sueño de enajenación —la enajenación de su ser femenino, que proyecta en su mujer. Lo falso no recompensa y cada uno acusa al otro de la desdicha que se ha procurado al ceder a las tentaciones de lo fácil. . . Esto es, a la ilusión de encontrar en el otro la respuesta a todos los problemas de su existencia, en vez del esfuerzo de desarrollar la suya propia.” Derbez señala el destino femenino en un mundo hecho a la manera masculina: “La mujer es cómplice porque ha encontrado un camino fácil, aunque engañoso y decepcionante: el camino de la dependencia, de la irresponsabilidad para crear, de la enajenación de su hombre idealizado.” Cita entonces la invocación de Margaret Mead, de crear una civilización para ambos sexos, sobre las bases masculinas y femeninas. El autor describe numerosos ejemplos

de hombres que revelaron su admiración, y su perplejidad ante la mujer, pero también el horror y el desprecio. La mujer ha sido vista como el mal, la bestia, el caos, el monstruo. Y este repudio que encubre el gran temor llegó a su ápice con San Jerónimo: "Urgido de realizar ya el reino de los cielos, conminó a la humanidad al suicidio colectivo, al pedir que todas se conservaran vírgenes. Pongamos la mano en el hacha, dijo, y cortemos de raíz el árbol estéril del matrimonio." A este violento misoginismo, sólo puede compararse la intención de Otto Weininger, que reunió en su libro múltiples citas de quienes en vida aborrecieron a la mujer. Pero a la hora de citar ejemplos de admiración y de respeto hacia la mujer, después de Salomón, Goethe y Leonardo, el autor debe recurrir al humorismo, cuando en cambio, las evidencias del terror sagrado que la mujer produce en el hombre, son mucho más numerosas. La mujer es "fuente de vida" pero "potencia de las tinieblas"; es "la que cura" y es "la bruja"; es la "germinación" y es la "maldición" y la "muerte". El hombre siente admiración y veneración hacia la mujer cuando la idealiza. "Encontrando en ella la vida, la naturaleza que ha enajenado de sí mismo — escribe Derbez— el hombre idealiza a su mujer: la quiere adornada, maquillada, con un maquillaje que hace de ella casi una estatua: inútil intento de que ella, idolizada, le dé garantías de eternidad." A la hora de comprender la psicodinámica de esta guerra, el autor cuadruplica las instancias en conflicto: "la guerra de los sexos es causa con frecuencia de una guerra interior que se libra en el inconsciente de cada

quien, hombre y mujer, entre las fuerzas masculinas y las fuerzas femeninas. Cada quien, hombre o mujer, bajo la presión de las fuerzas sociales que impone modelos rígidos de masculinidad y de femineidad, se ve llevado a reprimir la parte heterosexual de sí mismo, lo que conduce a la enajenación, la parálisis del proceso de desarrollo de la mente, la simbiosis y la guerra."

Sobre los motivos sociológicos (contrapartida y, en parte, continuación de los motivos familiares) que impiden la integración de las fuerzas en pugna y, por lo tanto, la individuación que garantiza la verdadera polaridad creadora, escribe Fernando Narváez. Expone las alternativas de esta eterna lucha, el matriarcado o el patriarcado, cuyo triunfo de una sobre la otra —no importa cuál sea la triunfante— no lleva a la conciliación liberadora. Describe ejemplos significativos de mujeres en "plena organización matriarcal", simbolizadas por las antiguas Sibilas, o por las Amazonas. Pero, una vez que las mujeres cayeron bajo el dominio patriarcal, "las vencidas se encargaron generosamente de coronar a los vencedores... con la monogamia aparecieron dos figuras sociales... el inevitable amante de la mujer y el marido cornudo" (cita de Engels). Narváez agrega a la motivación del conflicto considerada como religiosa por Bachofen, socioeconómica por Morgan y Engels, la interpretación psicoanalítica. El conflicto se desprende de uno anterior: "es la lucha llevada al extremo en contra de quien ostenta el poder, de quien coarta la libertad. En contra del padre en una sociedad patriarcal, o bien de la madre si se

tratara de una organización matriarcal. En ausencia de la rebeldía, más o menos sana, persiste la sumisión, bajo la cual subyace el resentimiento. La presencia de la autoridad irracional implica el desprecio a los valores humanos, a lo masculino y a lo femenino. Así que, más que una verdadera guerra entre sexos, que no están diferenciados ni individualizados, se trata de una lucha entre autoridades, cuyo aprendizaje se hace en la infancia. "Ahí es también donde se van gestando, y no por razones de tipo sexual, los terrores y los graves compromisos inconscientes, que hacen que un hijo o hija se alinie al ejército de la madre, o bien, del padre." "Este conflicto intrafamiliar, de pequeño grupo, es la unidad misma de un conjunto social, que al trascender los límites de la familia constituyen en su esencia, las fuerzas en pugna de una sociedad que lucha en contra del matriarcado, o bien, de un patriarcado imperante." "La guerra abierta o secreta, consciente o inconsciente entre hombre y mujer, entre patriarcado y matriarcado, es una guerra contra el poder y por el poder. Es una lucha en contra de los miedos arcaicos aprendidos en la infancia. Es el no romper con los compromisos adquiridos en los primeros años de vida. Es seguir estando al servicio del padre o de la madre. Es el no ser uno mismo."

Jorge Silva analiza la génesis y las repercusiones de esta guerra entre los sexos, en la relación matrimonial. Sus consideraciones lo llevan a definir al matrimonio, y no por sarcasmo, como "la unión legal de dos seres que se creen enamorados, atraídos generalmente por sus rasgos negativos y siguiendo pautas estrictas de nuestra

cultura, nuestra sociedad y el Estado". El matrimonio, por lo tanto, es motivado por factores sociales y no por decisiones individuales. Sobre todo porque "nuestra sociedad exige hijos para incrementar el *bien capital*", y, "es el único camino permitido y tolerado por la sociedad para tener relaciones sexuales". La mujer, además, es vista como objeto sexual, dispuesta y obligada a ser controlada y manipulada. "Todas las mujeres, menos las mías, son objetos sexuales." "El matrimonio se convierte así en la unión de un ser, el hombre, con un objeto, la mujer: con todas las consecuencias negativas imaginables." Uno de los resultados es el temor que impide toda afirmación de la libertad. Así, los padres "sobreprotectores e infantilizantes" proyectan en sus hijos el temor de ser libres, temiendo que ellos se atrevan a ser libres. Y temen además el repudio o la crítica severa de los abuelos o del grupo social a que pertenecen. Pero si al matrimonio los seres llegan como "objetos" de la presión social y no por sus decisiones individuales y humanizadas, ¿cuáles son los motivos particulares que hacen abdicar y ligarse, más por odio que por amor, a los que contraen nupcias? Es aquí donde el autor describe las motivaciones inconscientes de los que se casan, según sean individuos cuyo carácter predominantemente es: *a*) receptivo (pasivo), *b*) explotador (posesivo), *c*) acumulativo (destrutivo), *d*) mercantil (intercambiable), *e*) determinado por el miedo a la soledad y *f*) predominantemente amoroso, productivo. El estudio sobre las fuerzas irracionales y las sociales que influyen en el matrimonio lleva a Silva a formular pregun-

tas fundamentales acerca de la procreación de los hijos, un hecho hasta ahora realizado muy irresponsablemente por muchos padres. También plantea la necesidad de que el matrimonio sea un proceso creativo recíproco, destinado a afirmar la independencia, la madurez de los que se unen.

Carlos García, que con abierta sinceridad dice que "casi no sabemos lo que es plenamente humano, oculto tras tantas enajenaciones e idealismos, tampoco qué es lo masculino ni qué es lo femenino", propone que en lugar de "guerra de los sexos" hablemos de "guerra revolucionaria" o de "cambio de consciencia". La mujer, que está en pleno proceso de reivindicación, busca realizarse, individualizarse, en un mundo donde está cambiando la relación tradicional entre ambos sexos. Así, hoy la mujer lucha por transformar la antigua situación que reducía su aprendizaje y educación, su capacidad de trabajo con rendimiento económico, destinándola a una oscura dependencia del poder del dinero del hombre. Esta intencionada limitación del poder creativo de la mujer, al negársele instrumentos para el uso de su razón y medios para trabajos productivos, lleva a la mujer a buscar alianzas secretas o manifiestas con los hijos en contra del marido y, más concretamente, en la cama, a frustrar la necesidad y el placer sexual del otro. El temor al repudio social, el temor religioso, la dependencia económica, el miedo a la soledad, la dependencia emocional, la liga casi insoluble del odio recíproco, la necesidad del "auxiliador mágico", son entre otros los motivos para que, a pesar de todo,

los matrimonios no se disuelvan fácilmente.

¿Qué puede intentarse, entonces, para cambiar la ruta de la vida en común entre seres de sexo diferente, ante tantos ejemplos de agresión recíproca y catástrofe casi irremediable? Eduardo Zajur expone las alternativas de los acuerdos, de los armisticios, de la valiente decisión al desarme unilateral, de los verdaderos tratados de paz, de la difícil pero liberadora paz armoniosa, citando cartas, dichos de Gandhi y de Gibrán, expresando razones que surgen de la labor analítica, profunda y esperanzada, con un lenguaje que puede parecer idealista y romántico a quienes se han vuelto escépticos a que se pueda encontrar la felicidad en el matrimonio, y que viven presos de la desesperanza y en el nihilismo.

Finalmente el libro cuenta con una aportación teórica de Aniceto Aramoni, sumamente útil para los que quieren profundizar en el conocimiento de la teoría freudiana de la sexualidad. El autor analiza el concepto de "libido", la teoría de los "instintos", la esencia de la "evolución sexual" y de la influencia de la sexualidad en la neurosis, según las formulaciones originales de Freud. A lo largo de la exposición puede notarse un interés científico y sobre todo, pedagógico. La revisión crítica trasciende las conocidas objeciones a los postulados freudianos.

GIUSEPPE AMARA

Kelly, Desmond, Wagih Guirguis, Eva Frommer, Nita Mitchel Heggs y Williams Sargant, "Treatment of Phobic States with Antidepressants."

The British Journal of Psychiatry, Vol. 116, núm. 533, Abril de 1970, p. 387.

El tratamiento de los estados fóbicos es uno de los problemas psiquiátricos más desafiantes que enfrenta el médico actualmente. Se han recomendado muchos tratamientos, incluyendo psicoterapia intensiva (Friedman, 1959), terapia conductual (Wolpe, 1958; Cooper, Gelder y Morks, 1965) y desensibilización por medio de drogas (Yorkston y col., 1968). Ninguno de estos tratamientos ha probado ser completamente efectivo, permaneciendo muchos pacientes enfermos e incapacitados por muchos años. En las series que se reportarán aquí, algunos pacientes habían estado enfermos hasta por 40 años, a pesar de muchos tipos de tratamiento.

En 1951, Dally informó que la iproniazida, un inhibidor de la MAO, era principalmente útil en depresiones leves. En 1962, Sargant y Dally se referían a un tratamiento de estados de ansiedad con drogas antidepresivas; encontraron que muchos pacientes con estados fóbico-ansiosos respondían bien a un inhibidor de la MAO combinado con Librium y recaían otra vez si el inhibidor de la MAO era suspendido y se continuaba sólo con Librium. Encontraron también que en algunos pacientes deprimidos que presentaban además estados fóbicos se lograban mejores resultados si se añadía al inhibidor de la MAO alguno de los antidepresivos tricíclicos, como la amitriptilina.

El valor de los inhibidores de la MAO en el tratamiento de algunos estados depresivos es ampliamente reconocido, mientras que su valor en

el tratamiento de estados fóbico-ansiosos no está todavía bien establecido. Algunos autores, no obstante, han informado sobre respuestas terapéuticas muy alentadoras en pacientes con problemas de tipo fóbico-ansioso. Debido a que el tratamiento de los mismos por otros métodos es todavía poco satisfactorio, es importante dar a conocer los resultados del tratamiento con estas drogas y compararlos con los obtenidos con otros tipos de terapia.

Se estudiaron dos grupos de pacientes adultos (A y B) y un tercer grupo (C) formado por niños. La sintomatología consistía principalmente en diferentes tipos de fobias. También, muchos de los pacientes estudiados habían experimentado episodios de ansiedad aguda (crisis de pánico).

Grupo A: formado por 100 pacientes adultos institucionales quienes presentaban síntomas fóbicos como la sintomatología principal. Un 90% de ellos habían sufrido crisis de pánico.

Grupo B: formado por 96 pacientes adultos de la práctica privada, a quienes se atendió entre 1965 y 1967. Presentaban la misma sintomatología que el grupo A. No había diferencias estadísticamente importantes entre los grupos A y B en cuanto a la edad de iniciación del cuadro, distribución por sexos, duración de los síntomas, grado de severidad de las fobias, número de crisis de pánico, incapacidad social o grado de depresión. Veintidós pacientes habían sido tratados previamente con psicoanálisis o psicoterapia, y 60 habían sido tratados con drogas.

Grupo C: se estudiaron 50 niños que presentaban sintomatología de tipo fóbico a lo largo de cinco años de consulta hospitalaria.

